

a dos años de cárcel, y a los espectadores sólo dos meses con el mismo castigo; pero la severa ley olvidó a los músicos que acompañaban el baile. Esto hace mucha gracia al comentar.

Por último, otras cartas refieren las calamidades que acontecieron en aquellos tiempos. Una mujer cuenta los sucesos que pasó en Veracruz, cuando el pirata Lorencillo atacó este puerto. A la lista de innumerables sufrimientos se agregan los de un jesuita, quien hace la historia de la *expulsión y trabajos de los jesuitas mexicanos*, quienes después de grandes y penosas caminatas, embarcan para Europa, donde cumplen su condena en los Estados del Papa.

C. V.

MAX AUB, *Algunas prosas*. "Los Presentes". México, 1954. 64 pp.

El autor de estas prosas expone su propia retórica. *Recta retórica* es el formulario que le han dictado sus años de aprendizaje; pero los resultados son contradictorios. Dos líneas de conducta se cruzan: generosidad, egoísmo, y como resultado ofrecen la inconciencia. Primero, dice, hay que: "dar todo lo que se tenga y un poco más, hasta quedar vacío". Y luego, un poco más adelante, contradice su generoso impulso inicial: "Escribo para mí y para olvidarme de mí. Nadie me escucha y no me importa". Reflexiona sobre la utilidad de su arte, en el que sólo ve una manera fácil y agradable de matar el tiempo. Para él, la literatura ha dejado de ser un juego peligroso, para convertirse en una verdadera evasión, la huida de sí mismo. Lejos de todo compromiso, emoción, peligro, se entrega a un duermi-vela de sus facultades: "Sólo se puede escribir cuando se tiene sueño. Escribir sirve para no pensar — y descansar".

Pero no todo es inconciencia, porque no llega al término de sus conclusiones, a una literatura involuntaria del sueño. Siente cansancio, y no arriba al recóndito mundo de los sueños, al que sólo unos cuantos han conquistado. Max Aub se queda en el límite, y se declara por la subjetividad: "Se escribe como se puede; todo sale por una abertura estrecha. Todo es convencional. Lo que cuenta, siempre, son los márgenes, lo que se queda al margen, lo que se pierde."

Se pueden hallar en estas prosas otros ingredientes que no se mencionan en *Recta retórica*, cuya importancia, diré, queda al "margen". Por lo que deben ser puestos, con justicia, en primer término: la fanta-

sía, el color, la ironía. Con estos elementos Max Aub nimba el contorno de la realidad que presenta, y le impone su sello propio, su retórica.

En los cuentos fantásticos: *Muerte, El fin, Ese olor, La gran serpiente, Trampa, Recuerdo*, el lector se sorprende ante los caprichos de la que un tiempo se llamó, la loca de la casa, ya que en estos relatos todos los porqués quedan sin respuesta. Pero ya no agrada este tipo de sorpresa, hoy poseemos un concepto más funcional de la fantasía, le exigimos una finalidad y una lógica propia. La fantasía sin objeto, resulta para nosotros una receta tan anticuada como las sangrías.

En las prosas descriptivas: *Playa en invierno, Amanecer en Cuernavaca, Turbión, Trópico noche*, el color predomina sobre la línea. El toque impresionista que logra es efectivo. Max Aub reparte el condimento, el color, con generosidad, y los perfiles casi se pierden. Sus paisajes están nimbados por una suave niebla emotiva que actúa con eficacia sobre la sensibilidad de los lectores. Aquí, más que citar la posible influencia de un Juan Ramón Jiménez, debemos recordar que la niebla, maestra de los pintores, los enseña a fundir los contornos dentro de un ambiente que acerca a la realidad, a la atmósfera envolviendo los objetos, y a no pintar seres desarraigados de la naturaleza. Pero Max Aub no sólo usa el color en sus paisajes. En *Ese olor*, el olfato es atormentado por un equivalente de la náusea sartriana, es un olor peculiar, indefinible, el olor de la muerte, que aquí por sinestias se transforma en un color que se puede oler. El rojo recorriendo la escala cromática degenera en hedor, y luego en la sensación angustiosa del hombre ante la nada: "Es rojo, rojo pardo, rojo sucio, rojo verde, rojo oscuro, rojo negro, rojo corrupto, rojo carroñoso, rojo basura, rojo fétido, rojo sangre, rojo sinuoso, rojo disimulado..."

Cuando Max Aub encara la trágica pequeñez del hombre frente al infinito, se defiende con la fórmula mágica del buen burgués, la ironía: "Figuraos las reacciones que originaría la inmediata desaparición del cuerpo al escapársele la vida. O, al revés, pensad que los cadáveres permanecieron para cuerpo al escapársele la vida. O, al revés, pensad que los cadáveres permanecieron para siempre incorruptos..." Y también frente al problema del amor mercenario, se burla: "Decidme si conocéis algo más perfecto. ¡Oh maravilla del di-

nero!" El escepticismo completa la fórmula defensiva de la burguesía, ante todo lo que considera un mal insoluble: dejar hacer, dejar pasar.

C. V.

ARCHIBALDO BURNS, *Fin*. Los Presentes. México, 1954. 120 pp.

Es notable el primer capítulo, porque bien podría ser el de otra narración. En un ambiente intelectual y aristocrático, se presentan varios personajes interesantes que no reaparecen, y esto es lamentable, ya que tanto prometen en sus breves existencias. Los Jiménez, el filósofo, y la niña bien, nos niegan su conversación brillante, en la que se plantean los problemas de nuestro mundo en crisis, tal vez, un: "ahí vienen los comunistas", los hizo ir a buscar el olvido en las bebidas del *Versalles*, pocos de sus rasgos nos son revelados; pero a través de sus diálogos adivinamos la redondez y la realidad de sus existencias vívidas. De esta amnesia, sólo se salvan los elementos indispensables para un triángulo amoroso: "Dos hombres y una mujer. Amigos. La mujer es seudoamante de uno de ellos... ella se acostaba con cualquiera."

Juan y Joaquín se complementan, son los polos opuestos, llevan una amistad demasiado desigual que toca el dintel de la identidad absoluta, son las dos caras de una moneda. Uno encarna la acción y el otro el pensamiento, la luz y la sombra, y tanta simetría produce el efecto de la fusión en un personaje único. Olga no cuenta, es una mujer cualquiera, que sólo adquiere significado a través de las subjetividades de los dos amigos.

La historia que aquí se relata es breve, hay que descontar, aparte del primer capítulo, el segundo que aunque bien logrado, no cuenta para el desarrollo de la narración, así es que propiamente la acción se reduce a los tres últimos, suficientes para afirmar la calidad del autor en un primer libro. Joaquín se ausenta, y el peso de la obra cae sobre la subjetividad de Juan, quien vive sólo para recrear continuamente en su imaginación las existencias de la amada y el amigo. El monólogo se impone, y la mayor parte del tiempo es demasiado abstracto. Al fin el conflicto se soluciona. La mujer muere, y los amigos rompen la amistad.

El drama se presenta sobrio. El autor no se hace ilusiones; no pretende resolver los males del mundo: "El que las cosas se averigüen, nada significa. Nunca son como se quisiera

que fueran. Son, simplemente." Aquí sólo se presenta el conflicto del hombre ante su soledad irremediable. El realismo es la nota dominante.

Archibaldo Burns describe el mundo que lo rodea, la ciudad, las calles que conservan sus nombres. Muchos objetos surgen del mundo de sus recuerdos, y sólo su imaginación los ordena. Pero la creación es auténtica, nos hace olvidar sus defectos. Nos aproxima a una realidad mexicana verdadera, que no es un mero alarde de color local.

C. V.

MANUEL MEJÍA VALERA, *La evasión*. Los Presentes. México, 1954. 20 pp.

El peruano Mejía Valera logra en estos cuentos la única razón de ser de la literatura, la belleza. Este cuentista domina la estética y la gramática. Si bien, su expresión no aspira a metáforas brillantes, en cambio ofrece de principio a fin una calidad sostenida. Un clima emotivo, sin variaciones bruscas, ampara la descripción de estados de ánimo, ya que en estos cuentos poco sucede, y la narración se limita casi a describir los productos íntimos del complicado aparato de la mente humana que imagina los sucesos antes de que éstos sobrevengan. A veces, una acción por realizarse, como un puente entre la imaginación y la realidad, pone el punto final: "tendré que escribir una nota bibliográfica el próximo domingo." O en otro: "Sólo estaré con ella unos minutos. Iré a la reunión del partido." Si encontramos imágenes desgastadas, éstas son un esfuerzo por reproducir la realidad interior; pero del caos nace el orden; cada una de las palabras está medida y pesada, como los fragmentos de un rompecabezas; cada elemento filológico contribuye a la redondez de esta creación limpia, pulida, ajustada. La unidad fondo-forma ha pasado por un proceso de severa purificación, nada queda que desentone en el conjunto.

*Apacible venganza*. Un complejo de inferioridad lleva al protagonista al desquite en contra del amigo que envidia, lo embriaga; pero la venganza, arma de doble filo, recae también sobre el vengador. Se narra el estado de embriaguez, en el que se mezclan los sucesos recientes con los recuerdos remotos de la infancia, en donde se originó el trauma que produjo el complejo.

*La evasión*. Otra vez recuerdos de la infancia, escritura automática metáforas deshilvanadas preparan la lucha de un crítico con su conciencia,